

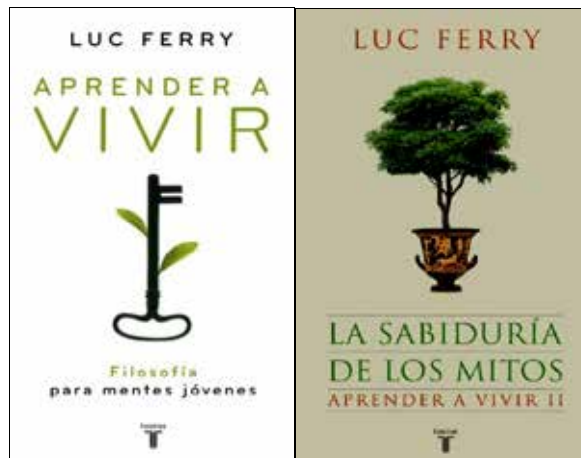
# Luc Ferry | Fragmentos

*“El amigo de los mitos es en cierto modo amigo del saber,  
porque los mitos tratan de cosas asombrosas”.*

ARISTÓTELES

*“Aun en la sociedad más culta tropezamos de continuo  
con restos de interpretación alegórica y mística”.*

NIETZSCHE



LUC FERRY | **APRENDER A VIVIR** | BS. AIRES: TAURUS | 2007

Con el paso de los años, he ido adquiriendo la convicción de que estudiar, aunque sólo sea un poco de filosofía, es algo de un valor incalculable para todo hijo de vecino, incluidos aquellos para los que nunca será una vocación. Y ello por dos razones muy simples.

La primera es que sin filosofía no se puede entender nada del mundo en que vivimos. Es el tipo de formación más clarificadora que existe. ¿Por qué? Simplemente porque prácticamente la totalidad de nuestros pensamientos, de nuestras convicciones, pero también de nuestros valores, se inscriben, sin que nosotros seamos conscientes en todo momento, en el marco de alguna de las grandes visiones del mundo elaboradas y estructuradas por el hilo que recorre la historia de las ideas. Resulta indispensable comprenderlas para poder hacerse con su lógica, tener amplitud de miras, entender lo que está en juego, etc. (...) La opción por una ética igualitaria y no aristocrática, la elección de una estética romántica en vez de una clásica, el apego o el desapego hacia las cosas y los seres teniendo en cuenta el hecho de la muerte, la adhesión a ideologías políticas autoritarias o liberales, amar la naturaleza y los animales más que a los hombres, al mundo salvaje más que a la civilización, todas estas opciones y muchas más formaron parte de grandes construcciones metafísicas antes de convertirse en opiniones que se ofrecen, como si de un gran mercado se tratase, al consumo de los ciudadanos.

Los desacuerdos, los conflictos, las posturas que se adoptan en los orígenes, siguen estando en la base, lo sepamos o no, de nuestras reflexiones y nuestros propósitos. Estudiarlos hasta el límite que esté a nuestro alcance, captar sus fuentes más profundas, supone dotarse de los medios no sólo para ser más inteligentes, sino también más libres. No veo en nombre de qué deberíamos privarnos de esta posibilidad.

Pero, a la vez que ganamos en comprensión, en inteligencia respecto a nosotros mismos y a los demás a través del estudio de las grandes obras de nuestra tradición, debemos tener presente que de lo que se trata, simplemente, es que puedan ayudarnos a vivir mejor, con más libertad. Muchos pensadores contemporáneos lo dicen hoy, cada cual a su manera. En ocasiones uno no filosofa para divertirse; tampoco únicamente para comprender el mundo o entenderse a sí mismo, sino "para salvar el pellejo". A través de la filosofía podemos vencer los miedos que paralizan nuestra vida, es un error creer que la psicología podría sustituirla hoy en esta tarea.

Aprender a vivir, a dejar de temer en vano los diversos rostros de la muerte o, simplemente, aprender a superar la banalidad de la vida cotidiana, el aburrimiento y el tiempo que pasa, éste fue el primer objetivo que se fijaron las escuelas de la Antigüedad Griega. Merece la pena entender su mensaje porque, a diferencia de lo que sucede en el ámbito de la historia de las ciencias, las filosofías del pasado nos siguen hablando. (Págs. 17-20)

---

Partiremos de una consideración muy simple, pero contiene el germen de la pregunta central de toda filosofía: el ser humano, a diferencia de Dios, es mortal o, por decirlo como los filósofos, es un ser "finito", limitado en el espacio y en el tiempo. Pero a diferencia de los animales, es el único ser que tiene conciencia de sus límites. Sabe que va a morir y que también morirán sus seres queridos. No puede evitar hacerse preguntas ante una situación que, a priori, resulta inquietante, por no decir absurda o insostenible. Y evidentemente, ésta es la razón por la que en primer lugar se acerca a las religiones que le prometen la salvación. (Pág. 23)

---

La filosofía, todas las filosofías, por muy distintas que sean las respuestas que intentan aportar, también promete ayudarnos a escapar de estos miedos primitivos. Comparte con las religiones, al menos en origen, la convicción de que la angustia nos impide vivir bien: no es ya que nos impida ser felices, es que tampoco nos deja ser libres. Éste es un tema omnipresente entre los primeros filósofos griegos: uno no puede ni pensar en actuar libremente cuando está paralizado por esa inquietud sorda que genera, por muy inconsciente que sea, el miedo a lo irreversible. Se trata, por tanto, de invitar a los seres humanos a "salvarse".

Pero, como ya habrás comprendido a estas alturas, esa salvación no puede proceder de *Otro*, de un ser trascendente (lo que significa "exterior y superior" a nosotros), debe provenir de *nosotros mismos*. La filosofía quiere que nos aclaremos recurriendo a nuestras propias fuerzas, con la simple ayuda de la razón o que, al menos, aprendamos a utilizarla como es debido, con audacia y firmeza. A esto es a lo que, con toda seguridad, se refería Montaigne cuando hablando de la sabiduría de los antiguos filósofos griegos, nos aseguraba que "filosofar es aprender a morir". (Págs. 31-32)

---

Pero hay más. El bienestar no es el único ideal sobre la tierra. La libertad es otro. Y si la religión calma la angustia convirtiendo la muerte en una ilusión, se arriesga a hacerlo al precio de la libertad de pensamiento. Porque siempre exige que, en mayor o menor medida, y como contrapartida al sosiego que pretende procurar, se abandone la razón para hacer sitio a la fe, que abandone el espíritu crítico para poder creer. Quiere que seamos, de cara a Dios, como niños pequeños, no como adultos a los que, en último término, no ve sino como razonadores arrogantes.

Filosofar en lugar de creer supone, en el fondo, al menos desde el punto de vista de los filósofos, preferir la lucidez al confort, la libertad a la fe. En verdad se trata, en cierto sentido, de "salvar el pellejo", pero no a cualquier precio. (...) En lo esencial la filosofía no es sino una búsqueda de la vida buena más allá de la religión, una *búsqueda de salvación sin Dios*. (Pág. 33)

---

Las tres dimensiones de la filosofía: la inteligencia de lo que es (teoría), la sed de justicia (ética) y la búsqueda de salvación (sabiduría).

Aunque la búsqueda de una salvación al margen de Dios esté en el corazón de todo gran sistema filosófico, aunque éste sea su objetivo final y último, no se podría alcanzar sin pasar por una reflexión profunda en torno a la inteligencia de lo que es, lo que por lo general solemos denominar teoría, y de lo que debería ser o lo que habría que hacer, lo que habitualmente llamamos ética.

La razón es fácil de entender. Si la filosofía, al igual que las religiones, hace de la reflexión sobre la finitud humana su fuente más originaria, del hecho de que nosotros, simples mortales, tenemos los días contados y que somos los únicos seres en el mundo plenamente conscientes, de ello se desprende que no podemos eludir la cuestión de qué debemos hacer en ese tiempo limitado. A diferencia de los árboles, las ostras o los conejos, no dejamos de hacernos preguntas sobre nuestra relación con el tiempo, sobre cómo debemos emplearlo o en qué debemos ocuparlo, tanto si es por un lapso breve, la hora o la mañana que viene, como si se trata de un periodo más largo, el mes o el año en curso. Inevitablemente, quizá con ocasión de una ruptura, de un suceso brutal, acabamos preguntándonos qué hacemos, qué podríamos o deberíamos hacer con toda nuestra vida.

En otras palabras, la ecuación "mortalidad + conciencia de ser mortal" es un cóctel que contiene el germen de todos los interrogantes filosóficos. Filósofo es aquel que, ante todo, piensa que no estamos aquí "de turismo", para divertirnos. O, mejor dicho, aunque en contra de todo lo que acabo de afirmar, acabara llegando a la conclusión de que lo único que merece la pena ser vivido es la diversión, esta certeza será el resultado de un pensar, de una reflexión y no de un reflejo condicionado. Lo que implica que ha tenido que recorrer tres etapas: la de la *teoría*, la de la *moral* o la *ética* y, finalmente, la correspondiente a la conquista de la *salvación* o la *sabiduría*. (Págs. 34-35)

---

¿Cuál es el sentido profundo de los mitos griegos y por qué, todavía hoy, habría que interesarse en ellos? (...) Lejos de ser un simple divertimento literario, en realidad constituye el corazón de la sabiduría antigua, el origen primero de lo que pronto la gran tradición de la filosofía griega desarrollará bajo una forma conceptual con vistas a definir los límites de una vida próspera para nosotros los mortales. (Pág. 11)

---

Tratando de llegar a Ítaca, Odiseo debe detenerse en la isla de la arrebatadora Calipso, una divinidad secundaria, no obstante sublime y dotada de poderes sobrenaturales. Calipso se enamora perdidamente de él. Enseguida se convierte en su amante y decide retenerlo prisionero. En griego, su nombre viene del verbo *calyptein*, que significa esconder. (...) En un último intento por conservar a su amante, le ofrece lo imposible para un mortal, la oportunidad inaudita de escapar a la muerte, que es el destino común de los humanos, la ocasión inesperada de entrar en la esfera inaccesible de aquellos a quienes los dioses denominan los "bienaventurados", es decir, los dioses inmortales. (...) La proposición con la que le quiere seducir es sublime, como ella, como su isla, sin parangón para ningún mortal. Y sin embargo, incomprensiblemente, Odiseo se queda frío como el mármol. Su desdicha es tanta que declina el ofrecimiento de la diosa, no obstante tan tentador. Digamos de entrada: el significado de este rechazo es de una profundidad abismal. En él se puede leer entre líneas el mensaje más profundo, sin duda, y el más potente de la mitología griega, aquel que la filosofía retomará por su cuenta y que podría formularse fácilmente de la siguiente manera: el objetivo de la existencia humana no es, como pensarán los cristianos, ganar por todos los medios, incluidos los más honestos y los más fastidiosos, la salvación eterna, conseguir la inmortalidad, puesto que una vida de mortal venturosa es muy superior a una vida de inmortal malograda. En otras palabras, Odiseo está convencido de que la vida "deslocalizada", la vida fuera de su hogar, sin armonía, fuera de su lugar natural, al margen del cosmos, es peor que la misma muerte.

En consecuencia, de manera indirecta, lo que se esboza es la definición de la vida buena, de la existencia venturosa, donde se empieza a entrever la dimensión filosófica de la mitología: a la manera de Odiseo, es preferible una condición mortal conforme al orden cósmico, antes que una vida de inmortal entregado a lo que los griegos denominan *hybris*, la desmesura, que nos aleja de la reconciliación con el mundo. Es necesario vivir con la lucidez, aceptar la muerte, vivir con arreglo a lo que es en realidad como a lo que está fuera de nosotros, en armonía con los suyos así como con el universo. Esto tiene mucho más valor que ser inmortal en un lugar vacío, falto de sentido, por muy paradisiaco que sea, con una mujer a la que no se ama, por muy sublime que sea, lejos de los suyos y de su hogar, en un aislamiento que simbolizan no sólo la isla, sino también la tentación de la divinización y de la eternidad que nos apartan tanto de lo que somos como de lo que nos rodea... Magnífica lección de sabiduría para un mundo laico como el nuestro hoy día. (Págs. 15-18)

---

Charles Perelman, uno de los lingüistas más importantes del siglo pasado, hablaba de las "metáforas dormidas" en las lenguas maternas. (...) Este libro propone despertar esas

"metáforas dormidas" narrando las historias maravillosas que constituyen su origen. (...) He aquí el primer objetivo de este libro: hacer que la mitología sea lo bastante accesible a la mayoría de los padres para que ellos puedan a su vez hacérsela descubrir a sus hijos sin traicionar ni desvirtuar en nada los textos antiguos de los que se extrae. (Págs. 22-23)

---

La mitología no constituye la infancia de la humanidad: no tiene nada que envidiar, en cuanto a profundidad e inteligencia, a la ciencia moderna de la que no es, ni de cerca ni de lejos, una anticipación siquiera aproximada. (...) Mediante un relato que se pierde en la noche de los tiempos y que, a decir verdad, no tiene nada de explicativo, en el sentido que entienden los científicos actuales, trata de ofrecernos a los mortales los medios para dar un sentido al mundo que nos rodea. Dicho de otro modo, aquí el universo no se considera *como un objeto por conocer, sino como una realidad por vivir*, como un terreno de juego de una existencia humana que, por así decirlo, debe encontrar en él su lugar. Es decir, que el objeto de estos relatos primordiales no es tanto alcanzar la verdad factual como dar posibles significados a la existencia humana, interrogándose sobre lo que puede ser una vida lograda en un universo ordenado, armonioso y justo. (Pág. 41)

---

Zeus no sólo ha dado pruebas de una fuerza colosal y una inteligencia fuera de lo común durante los distintos conflictos, sino que además ha repartido el universo de forma equitativa y justa, de modo que cada uno conoce sus privilegios, los honores que se le deben, sus misiones y sus funciones. Y como Zeus es desde ahora el dios más poderoso, el más astuto y el más justo de todos: es el señor del cosmos, el eterno garante del orden armonioso.

De este relato primordial se deducen, en el terreno filosófico, tres ideas fundamentales que deben tener presente para comprender mejor lo que sigue. (...) La primera es que la vida buena, aun para los dioses puede definirse como una vida en armonía con el orden cósmico. (...) La segunda idea deriva directamente de la primera. Por así decirlo no es más que su reverso: si la edificación del orden cósmico es la conquista más preciada de los Olímpicos, entonces ni que decir tiene que la falta más grave que se puede cometer a los ojos de los griegos, y que los mitos no dejan de mencionar, precisamente, es esa famosa *hybris*, esa desmesura orgullosa que empuja a los seres, tanto mortales como inmortales, a no saber quedarse en su sitio en el seno del universo. (...) En contraste, esta es la tercera idea, la virtud más grande se denomina *diké*, la justicia, que se define exactamente a la inversa como una concordancia con el orden cósmico.

*Cosmos*, el orden armonioso, *diké*, la justicia, es decir la conformidad con este orden cósmico, e *hybris*, el contraste o la desmesura por excelencia, son las tres palabras maestras del mensaje filosófico que comienza poco a poco a desprenderse de la mitología. (Págs. 109-112)

---

La identidad de una persona pasa por tres puntos fundamentales: la pertenencia a una comunidad, armoniosa (un cosmos). Una vez más, el hombre no es en verdad hombre más que entre hombres, y en el exilio no es nada. (...) Pero hay una segunda condición: la memoria, los recuerdos, sin los cuales no sabe quién es. Hay que saber de dónde venimos para saber quiénes somos y a dónde tenemos que ir: a este respecto, el olvido es la peor forma de despersonalización que pueda conocerse en la vida. Es una pequeña muerte dentro de la existencia, y el amnésico, el ser más desdichado de la tierra. Hay que aceptar la condición

humana, es decir, a pesar de todo, la finitud: un mortal que no acepta la muerte vive en la *hybris*, en una desmesura y una forma de orgullo que llevan a la locura. (Pág. 183)

---

De este modo, el reparto del mundo, del orden cósmico entero, está garantizado: la muerte y la vida alternan a un ritmo que corresponde a lo que sucede arriba y abajo, tanto en el suelo como en el subsuelo. No hay vida sin muerte, ni muerte sin vida. Dicho de otro modo, lo mismo que el cosmos estable no puede pasar de las generaciones que encarnan los hombres mortales (sin los cuales esta estabilidad paralizada, sin vida y sin movimiento, se asemeja a la muerte), asimismo no hay cosmos perfecto sin alternancia de estaciones, sin la alternancia del invierno y la primavera, de la muerte y la vuelta a la vida. Es lo mismo que ocurre entre Apolo y Dioniso: uno no va sin el otro. Para crear un universo rico y vivo hace falta estabilidad y vida, tranquilidad y diversión, razón y locura. Hacen falta hombres para que el mundo de las personas, mortales e inmortales juntos, puedan entrar en el movimiento de la historia: hacen falta estaciones para que el mundo de la naturaleza conozca también una vida y una diversidad: este es el sentido profundo del mito. (Págs. 248)

---

La existencia humana es, a veces, por no decir siempre, trágica, en el sentido en que la desgracia golpea sin que podamos darle una justificación. Nos equivocamos al hacer lo posible para olvidarlo. En la actualidad, en cuanto el mal cae sobre nosotros de una manera injusta, cedemos enseguida a la manía moderna, que consiste en buscar "responsables". ¿Un río se desborda y se ahogan algunos campistas? Por supuesto la culpa la tiene el alcalde, el gobernador civil, el ministro, todos son unos incompetentes, por no decir perniciosos. ¿Un avión se estrella? Rápido hagamos un proceso para identificar a los culpables y ponerlos en la picota... Sea el techo de un colegio que se hunde, una tormenta que arrastra árboles, un túnel en el que se declara un incendio, lo cierto es que necesitamos a toda costa una explicación humana, una falta moral que estigmatizar con urgencia. (...) Pues la verdad es otra muy distinta: a pesar de todos los poderes, en efecto gigantescos, que nos da la ciencia, el destino se nos escapa y se nos escapará siempre y por todas partes. No sólo azar forma parte de la vida, no sólo la contingencia es inherente a la historia, sino que además somos partes interesadas de contextos tan variados, tan complejos y ramificados, que pretender controlar todo lo que ocurre a los hombres es pura y simplemente grotesco. (Págs. 361-362)

---

No cabe duda de que la primera convicción que la mitología legará a la filosofía antigua, y en especial al estoicismo, es que los dos males que pesan sobre la existencia humana, los dos frenos que la bloquean y le impiden acceder a ese pleno apogeo que resulta de vencer los miedos, son la nostalgia y la esperanza, el apego al pasado y la preocupación por el futuro. (Pág. 364)

---

De modo que el interrogante fundamental de los filósofos ya está preformado del todo cuando surge: se trata de saber cómo vencer los miedos ligados a la finitud para lograr la sabiduría, es decir, la serenidad que es la única condición de la salvación, en el sentido etimológico de la palabra: la que nos salva de la angustia de la muerte que entraña nuestra condición humana. (Pág. 392)